

CAPITULO IV.

RETIRADA DE LOS ESPAÑOLES.—CALAMIDADES DEL EJERCITO.—PIRÁMIDES DE TEOTIHUACAN.—GRAN BATALLA DE OTUMBA.

1520.

La mayor parte del día siguiente al de la salida de los españoles, permanecieron los mejicanos en la capital, ocupados en limpiar las calles y calzadas de los cadáveres hacinados en ellas, cuya putrefacción podía originar una peste. Tal vez se ocuparían también en tributar los últimos honores á los guerreros que habían muerto en aquella jornada, solemnizando los ritos funerales con el sacrificio de los desgraciados prisioneros, que al contemplar la suerte que les esperaba, seguramente envidiarían la de los que habían perdido la vida en el campo de batalla. Fué mucha fortuna para los españoles, que en el extremo en que se encontraban les hubieran dado ese tiempo para respirar; pero Cortés conoció que no podía contar con que duraría este estado de cosas, y conociendo también cuán importante era aprovecharse del terror de su astuto enemigo, previno á sus tropas estuviesen listas para continuar la marcha en la media noche. Dejaron encendidas las luminarias para engañar mejor á los indios, y á la hora señalada, el pequeño ejército, sin toques de tambor ó clarín, pero con nuevo brio salió de las puertas del *teocalli*, en cuyos hospitalarios muros había hallado tan oportuno abrigo. En este lugar hay un templo dedicado á la Virgen en su advocación de Nuestra Señora de los Remedios, cuya milagrosa imagen, la misma según se dice que trajeron los soldados de Cortés (1), aun extiende su benéfica protección á la capital vecina; y el viajero, al detenerse en aquel recinto sagrado, tal vez recordará que pisa un sitio memorable, porque sirvió de refugio á los conquistadores en la hora más aciaga (2).

Dispúsose que los enfermos y heridos llevados en literas ó en las espaldas

(1) Lorenzana, Viaje, p. XIII.

(2) Según entiendo, el último ejemplo de la directa interposición de la Virgen en favor de la metrópoli, tuvo lugar en 1833, época en que se llevó á la ciudad para aplacar el cólera. No quiso pasar la noche en Méjico, sino que se halló la mañana siguiente en su santuario de los Remedios, dando á conocer el lodo con que estaba salpicada, que había andado á pie y por el cieno todo el camino, que es de algunas leguas. Latrobe, in Mexico, letter. 5. Rambler (a).

(a) Es muy de sentir que un viajero juicioso haya prestado crédito á semejante conseja, refiriéndola como cosa que se creía en Méjico; si hubiera preguntado á las personas de ilustración y crítica, no hubiera cometido tal error.

de los *tamanes*, ocuparan el centro, mientras que los que tenían fuerza bastante para guardar sus asientos, montarían en la grupa de los caballos. Colocáronse los soldados útiles en el frente, en la retaguardia y en los flancos, ofreciendo así toda la seguridad posible á los inválidos.

Continuó el ejército su retirada sin ser molestado, pues le favorecía la oscuridad; pero luego que lució la mañana, vieron varias partidas de indios que desfilaban por las alturas, ó que á alguna distancia marchaban á su retaguardia como enjambres de langostas. No eran de la capital, sino de las provincias inmediatas, donde ya había llegado la noticia de su derrota. Ya pues, había desaparecido el mágico encanto que hasta entonces había rodeado á los hombres blancos; los temibles *teules*, no eran ya invencibles (3).

Conducidos los españoles por sus guías tlascaltecas, tomaron un camino tortuoso hácia el Norte, pasando por Quauhtitlan, y por las márgenes del lago Tzompanco, (Zumpango), alargando así su marcha por conservarse á alguna distancia de la capital. Cuando pasaban por el pie de los cerros, hacían rodar los indios sobre sus cabezas pesadas piedras, dardos y flechas, y aun algunos fueron bastante osados, para bajar á la llanura y atacar las extremidades de la columna; pero pronto se vieron rechazados por la caballería, y obligados á refugiarse en los cerros, donde el terreno era demasiado escabroso para que los pudieran perseguir los ginetes, además de que los españoles no se cuidaron de hacerlo, pues su objeto era más bien huir que pelear.

De esta manera siguieron caminando poco á poco, haciendo á veces alto para desembarazarse de los indios que los atacaban, cuando eran demasiado importunos, y siendo en gran manera molestados por sus armas arrojadas y sus irregulares ataques. En la noche encontraban comúnmente abrigo en alguna ciudad ó aldea donde, los habitantes al saber que se acercaban, se salían llevándose todos los víveres, de manera que pronto se vieron reducidos los españoles á las mayores escaseces, en cuanto á los medios de subsistir. Eran su

(3) Este es el epíteto, que constantemente daban los nativos á los castellanos, según Díaz, y que correcta ó incorrectamente él interpretó en dioses ó seres divinizados. Hist. de la conquista, cap. 48, et alibi. Una de las estrofas de Ercilla, prueba que igual creencia hubo entre los indios de la América del Sur, y que tuvieron el mismo desengaño.

“Por dioses, como dije, eran tenidos
De los indios los nuestros; pero olieron
Que de mujer y hombre eran nacidos,
Y todas sus flaquezas entendieron:
Viéndolos á miserias sometidos,
El error ignorante conocieron,
Ardiendo en viva rabia avergonzados
Por verse de mortales conquistados.

LA ARAUCANA, parte 1, canto 2.

principal alimento las cerezas silvestres que crecían en los bosques ó á la orilla de los caminos, teniéndose por muy dichosos si encontraban algunos granos de maiz; pero mas frecuentemente solo hallaban los tallos de ésta planta, y con ellos y con otras comidas tan malsanas como ésta, se daban por contentos de poder satisfacer las exigencias del hambre. Cuando solía morir un caballo, proporcionaba un banquete extraordinario, y el mismo Cortés asegura, haber sido uno de los que tuvieron un suntuoso festin, devorando uno de estos animales, sin dejar ni aun la piel (4).

Véase algunas veces á los miserables soldados extenuados de hambre y de cansancio desmayarse en el camino. Algunos no pudiendo andar al paso de sus compañeros se quedaban atrás, y caían en manos de los enemigos, que seguían las huellas del ejército como hambrientos buitres ansiosos de cebarse en los moribundos y muertos. Otros que se alejaban con el objeto de procurarse alimento, tenían igual suerte; tanto, que al fin el número de estos, y la certeza del cruel destino que les esperaba, obligó á Cortés á introducir una disciplina mas estricta, y á hacerla observar con castigos mas severos de los usados hasta entonces. Pero muchas veces eran ineficaces; tal era la indiferencia con que el opresivo peso de la calamidad que en aquel momento les agobiaba, les hacía ver el peligro venidero.

Sus prolongados sufrimientos, obligaron á los soldados á dejar de apreciar aquellas mismas cosas por las que antes habrían aventurado aun su propia existencia. Más de uno que había salvado su tesoro de los peligros de la *noche triste*, lo abandonó entonces como una carga intolerable; y el rústico aldeano indio, recogía con inexplicable placer los valiosos restos de los despojos de la capital (5).

En estos angustiados días desplegó Cortés su serenidad y fortaleza acostumbradas. Véasele siempre en los puntos de mayor peligro, exponiéndose repetidamente en los encuentros con el enemigo, en uno de los cuales recibió

(4) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 147.

El hambre, dice Oviedo, les proporcionó una salsa que hizo la carne de caballo tan gustosa como las famosas salchichas de Nápoles, el delicado cabrito de Ávila, y la sabrosa ternera de Zaragoza. "Con la carne del caballo tuvieron buen pasto é se consolaron ó mitigaron en parte su hambre, é se lo comieron sin dexar cuero, ni otra cosa dél sino los huesos, é las uñas y el pelo; é aun las tripas no les pareció de menos buen gusto que los sobreasados de Nápoles, ó los gentiles cabritos de Ávila, ó las sabrosas Terneras de Zaragoza, segun la extrema necesidad que llevaban; porque despues que de la gran cibdad de Temixtitan habían salido, ninguna otra cosa comieron sino mahiz tostado, é cocido, é yerbas del campo, y desto no tanto quanto quisieran ó ovieran menester." Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 13.

(5) Herrera hace mención de un soldado que consiguió reunir tres mil castellanos de oro y salvarlos de los peligros de la calzada, pero que despues los abandonó por consejo de Cortés. "Que el diablo se lleve vuestro oro, díjole, si os ha de costar la vida." Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 11.



Isabel la Católica

una grave herida en la cabeza que despues le hizo padecer mucho (6). No era su alimento mejor que el del mas infimo soldado, y esforzabase en revivir el valor de los que iban flaqueando con sus consejos y halagüeño semblante, asegurándoles que pronto terminarian sus sufrimientos, pues estaban para llegar á la hospitalaria "tierra del pan." (7) Sus fieles oficiales le ayudaban en estos esfuerzos; y los soldados, especialmente los que habian venido con él, mostraron aquella constancia y paciencia tan características de su nacion, justificando la presuncion de un antiguo historiador, de que no hay pueblo que pueda soportar el hambre tanto como el español, y ninguno de esta nacion que la hubiera probado tan fuertemente como los soldados de Cortés (8). Igual fortaleza mostraron los tlascaltecas, aleccionados en una ruda escuela que los habia hecho familiarizarse con los trabajos y privaciones. Aunque algunas veces urgidos de las exigencias del hambre se arrojaban al suelo rogando á sus dioses no los abandonaran, hacian su servicio como buenos guerreros; y lejos de manifestar desafecto á los españoles por ser la causa de sus desgracias, solo parecian unidos á ellos mas firmemente con el vínculo de los padecimientos comunes.

La mañana del séptimo dia llegó el ejército á la cumbre de las montañas que dominan el valle de Otompan ú Otumba, como se llama comunmente, por la ciudad india, ahora aldea, que estaba situada en él. Apenas dista de la capital nueve leguas; pero habian andado los españoles mas que triplicada esta distancia, á causa del tortuoso camino que siguieron por las márgenes de los lagos. Habian caminado con tanta lentitud, que emplearon una semana, deteniéndose dos noches en un lugar por la absoluta necesidad de descanso. Fué por lo mismo hasta el 7 de julio, cuando llegaron á las alturas que dominan el extenso valle, que se dilata por una gran distancia hasta el territorio de Tlascala, teniendo siempre á la vista las venerables pirámides de Teotihuacan, dos de los mas célebres monumentos que hasta hoy se conservan de la antigua civilizacion americana al norte del istmo. Todo el dia anterior habian estado viendo algunas partidas de enemigos, que como densas nubes recorrian las montañas, blandiendo sus armas y diciéndoles con acento amenazador: "apresuraos que pronto os encontraréis en un lugar, de donde no podréis escapar:" palabras misteriosas que pudieron comprender bien la mañana siguiente (9).

(6) Gomara, Crónica, cap. 110.

(7) Esto significa la palabra Tlascala, y se llamaba así por la abundancia con que se producía allí el maíz. Boturini, Idea, p. 78.

(8) "Empero la Nacion nuestra Española sufre mas hambre que otra ninguna, y estos de Cortés mas que todos." Gomara, Crónica, cap. 110.

(9) En lo concerniente á las páginas anteriores véase á Camargo, Hist. de Tlascala, MS.,—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 128,—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 13,—Gomara, Crónica, ubi supra,—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 89,—P. Mártir de Anglería, De Orbe Novo, déc. 5, cap. 6,—Rel. seg. de Cortés.

Las pirámides de San Juan Teotihuacan son, con excepcion probablemente del templo de Cholula, los restos mas antiguos que se conservan en el territorio mejicano. Segun la tradicion de los aztecas, ya las encontraron allí cuando vinieron al pais, en cuya época Teotihuacan, que significa "habitacion de los dioses," ahora despreciable aldea, era una ciudad floreciente, rival de Tula, gran capital Tolteca (10). Las dos pirámides principales estaban dedicadas á *Tonatiuh*, el sol, y á *Meztli*, la luna. La primera, que es mucho mayor que la otra, tiene segun las últimas medidas, seiscientos ochenta y dos piés de largo en su base, y ciento ochenta de altura, dimensiones no inferiores á las de algunos de los monumentos famosos de esta misma clase que hay en Egipto (11). Estaban divididas en cuatro pisos, de los cuales tres se distinguen todavía, estando casi del todo destruidas las gradas que separaban el uno del otro. La mano del tiempo ha pesado tan fuertemente sobre ellos, y hasta tal punto ha alterado los materiales la maléfica vegetacion de los trópicos, cubriendo con su manto de flores la ruina que causa, que no es fácil distinguir á primera vista su estructura piramidal (12). Estas enormes masas tienen tal semejanza con los montes de Norte-América, que algunos han creido ser eminencias naturales á las que la industria del hombre les ha dado una forma regular, adornándolas con templos y terrados cuyos restos aun cubren su falda; pero otros no encontrando ejemplo de una elevacion igual en los extensos llanos donde se levantan, creen con mas probabilidad, que son enteramente de construccion artificial (13).

tés, en Lorenzana, pp. 147, y 148,—Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 25 y 26.

(10) "Su nombre, que quiere decir *habitacion de los Dioses*, y que ya por estos tiempos era ciudad tan famosa, que no solo competia, pero excedia con muchas ventajas á la corte de Tollan." Veytia, Hist. antig., tom. I, cap. 27.

(11) La pirámide de Mycerinos solo tiene doscientos ochenta piés de base, y ciento sesenta y dos de altura. La gran pirámide de Cheops tiene setecientos veintiocho de base, y cuatrocientos cuarenta y ocho de altura. Denon, Egipt illustrated, (London 1825,) p. 9.

(12) "Es necesario estar situado en una posicion particular, "dice Mr. Tudor," y tener una poca de fe para poder descubrir su construccion piramidal." (Tour in North America, vol. II. p. 277.) Pero Mr. Bullock dice: "la figura de la base es tan perfecta como la de la gran pirámide de Egipto." (Six Months in Mexico, vol. II. chap. 26.) Ambos son testigos de vista. El historiador debe muchas veces contentarse con repetir las palabras de una antigua copla francesa:

"Si com je l'ai trové escrite,
Vos conterai la verité."

(13) Esta es la opinion del Baron de Humboldt. (Essai Politique, tom. II. pp. 66-70.) Tambien habla de estos monumentos interesantes en sus "Vues des Cordillères," p. 25 et seq.

Fórmase el interior de arcilla y guijarrós, y el exterior de porosas piedras, llamadas *tezontli*, que tanto abundan en las inmediaciones. Cubre á estas una espesa capa de estuco, semejante en su color rojizo á la que se encuentra en las ruinas del palenque. Segun la tradicion son huecas; pero las tentativas que hasta hoy se han hecho para descubrir la cavidad de la dedicada al sol han sido infructuosas. En la otra se ha encontrado una oquedad en el costado meridional á los dos tercios de su altura. Forma una galería estrecha, que penetra á la distancia de algunas varas y termina en dos hoyos ó pozos. El mayor de estos tiene quince piés de profundidad (14), y sus paredes están hechas de ladrillos crudos, ignorándose completamente el objeto á que estaba destinado; tal vez conservaria las cenizas de algun poderoso caudillo, como la solitaria bóveda descubierta en la gran pirámide de Egipto. No hay duda, que estos monumentos estaban consagrados á usos religiosos, y solo seria conforme á la antigua costumbre del continente oriental, el que sirvieran al mismo tiempo para tumbas y templos (15).

Dícese que algunas señales de ser dedicados á esto último, se notan en la cúspide de la menor; tales como las ruinas de unos muros de piedra que dan á conocer formaron en tiempos remotos un edificio de considerable solidez y extension (16). No se ven estos restos en la parte superior de la pirámide del sol; pero el viajero que quiera tomarse el trabajo de subir á su desnuda cumbre, quedará suficientemente recompensado con la sorprendente vista que desde allí se presenta. Hacia el sudeste verá las montañas de Tlascala, rodeadas de dorados campos y cultivados sembrados, en cuyo centro se levanta la pequeña ciudad, en un tiempo capital orgullosa de la república. Un poco mas al sur, recorre su vista las hermosas llanuras que circundan la ciudad de la Puebla de los Angeles fundada por los españoles, y que rivaliza en el esplendor de sus iglesias con las mas brillantes capitales de Europa; y por fin, distinguirá hácia el oeste el valle de Méjico, que se dibuja como un mapa con sus azulados lagos, su soberbia capital levantada con mayor gloria de sus propias ruinas, y las mismas escarpadas montañas que la rodeaban en los dias de Montezuma.

Asegúrase que en la cúspide de la gran pirámide estaba edificado un templo, en el que habia una estatua colosal de la divinidad á quien estaba consagrado, hecha de una sola piedra y mirando al oriente. Una bruñida lámina de oro y

(14) Latrobe, que en union de otros entró en esta cavidad, trae una descripcion de ella. Rambler in Mexico, let. 7.

(15) "Et tot templa Deum Romæ, quot in urbe sepulcra
Heroum numerare licet: quos fabula manes
Nobilitat, noster populus veneratus adorat."

PRUDENTIUS, Contra Sym., lib. I.

(16) Bullock trae sus dimensiones; pero él vió lo que ha eludido las miradas de otros viajeros. (Six Months in Mexico, vol. II, chap. 26.)